RESEÑAS
REVIEWS

ARENDT, HANNAH
Responsabilidad personal y colectiva, Página indómita, Salamanca, 2020, 103 pp.

En Jerusalén, en el Museo y Centro de documentación de la resistencia judía *Beit Lohamei Haghetaot* (La Casa de los luchadores del Gueto), se puede contemplar la cabina original de cristal en la que estuvo sentado Adolf Eichmann durante el juicio que tuvo lugar en 1961 y al que la filósofa asistió como corresponsal del *New Yorker*. El reportaje de aquellos días fue recogido posteriormente en *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal* (1963). El libro suscitó tanta polémica que el nombre de Hannah Arendt sigue aún sin pronunciarse en Yad Vashem.

Este es el contexto en el que nace este pequeño librito. Al año siguiente, la filósofa publicaba *Responsabilidad personal bajo una dictadura* y, cuatro años más tarde, la conferencia *Responsabilidad colectiva*. Ambos textos recogidos por primera vez en la antología de *Responsabilidad y juicio* de la editorial Shocken Books en el año 2003 y en el 2007 traducidos por Paidós. Ahora para esta ocasión vuelven a ser de nuevo traducidos por Roberto Ramos Fontecoba y reunidos con acierto en un mismo volumen.

Hannah Arendt desde su libro los *Orígenes del Totalitarismo* había concebido la teoría del engranaje para explicar el mecanismo de funcionamiento de estos sistemas, burocráticos por excelencia, que utilizan a las personas como piezas perfectamente reemplazables. Creía además que este iba a ser el recurso que utilizaría la defensa para exculpar al prisionero de su responsabilidad, como así fue, pero lo que descubrió cuando llegó a Jerusalén fue que Eichmann

había pasado de ser una pieza más, a ser la pieza o punto de referencia de todo el engranaje. La culpabilidad máxima le convertía a este funcionario en el chivo expiatorio de toda la Shoá. Eichmann representaba al sistema y, por tanto, bajo su humanidad se escondía la "monstruosidad desnuda". De ahí que la cabina de cristal se haya convertido en un objeto de exposición para representar el horror en estado puro.

La filósofa reflexionaba en estos dos trabajos sobre el problema de la responsabilidad. Cuestión sobre la que el fenomenólogo polaco Roman Ingarden escribió en 1968 un opúsculo que sigue siendo hoy una de las aportaciones más importantes sobre esta materia. La importancia de este fenómeno no podía despertar más interés en una época en la que se buscaba a los culpables de aquella catástrofe mundial, y Alemania se encontraba sumida en la depresión de vivir bajo el peso de la "responsabilidad colectiva". Y aquí es donde los análisis de Arendt se abren en canal. Culpar a todos es no culpar a nadie y, desde luego, resulta de una gran irresponsabilidad actuar de esta manera, porque los auténticos culpables, los criminales, salen indemnes de su responsabilidad moral. La culpabilidad como la inocencia son sólo individuales.

La cuestión pasa entonces por distinguir entre responsabilidad política y responsabilidad individual. La primera es la colectiva y sólo es posible cuando existe la capacidad de intervenir en la vida pública, lo cual resulta inconcebible en los regímenes totalitarios. La única salida a este problema consiste en que los ciudadanos dejen de formar parte del engranaje. Ahora bien, Arendt señala que en los tiempos difíciles es cuando "el miedo tiende a convertir a la mayoría de los hombres en cobardes". Pero, por otro lado, sólo es desde dentro del sistema, o por medio de una guerra exterior, como finalmente sucedió, como se puede llegar a derrocar la maquinaria del Estado.

¿Qué hacer? Nadie estaba preparado moralmente para saber lo que tenía que hacer en aquella situación. Y, sin embargo, aquí es donde la filosofía socrática se revela como una guía moral muy valiosa: es preferible sufrir un mal a cometerlo. El problema, escribe Arendt, es que tanto la proposición del ateniense como la del imperativo del filósofo de Königsberg, no se pueden demostrar. Sólo

serían argumentos válidos si admitiésemos que todos los ciudadanos tuvieran conciencia. Pero la autora no cree que esto sea plausible.

Tampoco tiene desperdicio el desmantelamiento que hace la filósofa de las falacias de la elección del mal menor y de la obediencia dentro de una organización. En definitiva, un libro para leer y releer, no una, sino muchas veces, sobre todo, en los tiempos actuales en los que domina la confusión moral.

Pedro José Grande Sánchez. Universidad Complutense de Madrid
Pgrand01@ucm.es

AYLLÓN, JOSÉ R.
El mundo de las ideologías, Homo Legens, Madrid, 2019, 139 pp.

Conocido por una gran variedad de obras como *Ética razonada*, *¿Qué es la verdad?*, *Introducción a la ética*, *Ética actualizada*, entre muchos otros títulos, José Ramón Ayllón nos presenta *El mundo de las ideologías*.

La estructura de esta obra obedece a una división de doce capítulos y la exposición de los temas propuestos representa la selección de los principales pensamientos ideológicos. Aunque la obra se remonta a algunos siglos atrás —siglo XVIII hacia adelante— el avance progresivo que el autor realiza en su narración muestra la actualidad e influencia que estos pensamientos encuentran en el siglo XXI.

En el primer capítulo: *Occidente y las ideologías*, Ayllón nos da una visión general de cómo las ideologías configuran el nuevo mundo. Y dice que "Toda ideología promete un mundo feliz que nunca llega, pero la esperada utopía incrementa su popularidad y facilita su implantación" (p. 18). En este sentido, el autor es directo al afirmar que las ideologías no buscan la verdad, sino que pretenden imponer su visión preconcebida del hombre y del mundo, siempre esquemática, materialista y utópica.

El segundo capítulo, *La ilustración y su revolución*, centra su exposición en la relación que existe entre razón, progreso y felicidad.